

Carlos Chernov

DESPUÉS  
DE LA FURIA

línea C



INTERZONA



**DESPUÉS DE LA FURIA**



Carlos Chernov

# DESPUÉS DE LA FURIA



INTERZONA

**INTERZONA**

línea C

---

Chernov, Carlos

Después de la furia / Carlos Chernov. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2026.

336 p. ; 21 x 13 cm. - (Línea C)

ISBN 978-987-790-138-2

1. Novelas. 2. Ciencia Ficción. 3. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A86o

---

© Carlos Chernov, 2026

© interZona editora, 2026

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)

[info@interzonaeditora.com](mailto:info@interzonaeditora.com)

Edición: Fernando Ozón

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

ISBN 978-987-790-138-2

Libro de edición argentina.

Impreso en India. *Printed in India.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

*A Sabine*



## 1.

*¡Mierda, otro inglés!*, maldijo Sarah Brown. *¡Cómo les gusta que les peguen!* Julie le había explicado que extrañaban los castigos corporales de la escuela. Mientras viajaba en un taxi para encontrarse con su cliente en el hotel Isherwood de Larkin Street, Sarah recordó que el último inglés que le había tocado quería que se lo comiera. El tipo se desnudó y le pidió que lo atara. Se echó de lado, cruzó las muñecas sobre los tobillos y ella se los ató juntos; quedó como un animal para el sacrificio. Lo roció con salsa de menta, como si fuese una pata de cordero al horno, y tuvo que mordisquearlo un rato como si se lo estuviera comiendo. No era peludo como un cordero de verdad, pero igual Sarah casi vomita de asco. *Espero que este no me pida que me lo coma: la salsa de menta me da acidez y hoy no ando nada bien del estómago.*

Odiaba transpirar. Padecía los veranos de San Francisco, aunque no eran calurosos, más que por su sensibilidad a la temperatura, porque iba vestida con un *catsuit* de vinilo negro. (El vinilo no dejaba que la piel respirara, además se adhería al tapizado del taxi y chirriaba cuando se movía). Le daba vergüenza andar con el *catsuit* por la calle; con su metro ochenta y tres llamaba mucho la atención; en invierno se cubría con un impermeable, pero ahora, en verano, no lo hubiera soportado.

Pensó que era muy raro: no tenía hambre, pero salivaba como un perro. Sentía un fuego en el estómago. *No sé qué mierda me pasa, quizá le puse demasiado chile a los tacos.* Como no tenía dónde escupir, se iba tragando la saliva. Se ilusionaba con que el líquido apagaría el fuego que la quemaba por dentro. Recordó a una amiga que producía tanta

saliva cuando estaba embarazada que tenía que escupirla en pañuelos, le daba náuseas tragarla. Sarah no sabía qué le pasaba, pero si de algo estaba completamente segura era de que no estaba embarazada, *a menos que el Espíritu Santo me haya hecho alguna trastada mientras dormía.*

Oyó disparos, se tranquilizó diciéndose que sonaban lejanos. De repente entre los disparos distinguió ráfagas de ametralladora. Se dio cuenta de que el conductor del taxi también estaba asustado. Observó su nuca, el hombre movía las orejas como un animal en estado de alerta. Se preguntó angustiada dónde estaría Julie. Esperaba que se hubiera quedado en la casa, creía recordar que esa noche no tenía clases de teatro ni ningún otro motivo para salir. Agitó inquieta el maletín que llevaba sobre las rodillas, el sonido del entrechocar de sus armas e instrumentos la calmó a medias. Sus armas eran un tubo de gas pimienta en espuma, un bastón cachiporra extensible y una pistola eléctrica disimulada en una cajetilla de cigarrillos Marlboro. Siempre decía que una chica tiene que saber cuidarse. Su instrumental se componía de látigos, espuelas de plástico, máscaras de cuero, pelotas mordaza, cadenas, esposas, collares de perro, consoladores con arneses, vibradores y otras herramientas de su oficio.

Le parecía lógico llevar sus cosas en un maletín de médico: para Sarah todos sus clientes eran enfermos mentales. Como no tenía sexo con ellos, en teoría su oficio era legal, pero sabía que los policías no eran tan sutiles, que verla vestida de vinilo negro y botas de taco alto les daba que pensar y nada peor que los policías cuando se ponen a pensar, sobre todo si todavía no cumplieron con la cuota de arrestos del mes.

El Isherwood era un viejo hotel de estilo francés revestido de grueso estuco de color salmón, tan ancho que parecía bajo, aunque desde los pisos altos se podía ver parte de la Bahía y el *Golden Gate*. Sarah se acercó al mostrador, el conserje la reconoció de inmediato, tenía un aspecto difícil de olvidar. Cuando ella le dio la espalda y se alejó por el *lobby* hacia los ascensores, intercambió una sonrisa de complicidad con el otro conserje y le susurró: “Llegó Gatúbela”.

Los suntuosos ascensores del Isherwood estaban revestidos de espejos biselados, cincelados con figuras de zarcillos, pámpanos, racimos de uva y campánulas entrelazadas. Sarah se estudió en ellos. Llevaba el pelo recogido en una coleta sobre la cabeza como Pebbles Picapiedra. La tirantez del peinado acentuaba la oblicuidad de sus ojos rasgados. Era una *black chinese*, una mezcla de china con negro o, como le decían los profesores de la escuela con estricta corrección política, una *afro asian american*. Algunas compañeras la llamaban *Chigra*, pero pronto dejaron de hacerlo; a Sarah el sobrenombre la enojaba, tenía un carácter irascible y era la más alta de la clase. Al llegar a su piso, escupió en uno de los ceniceros de pie que flanqueaban el ascensor. La alivió liberarse de la saliva que le llenaba la boca, pero el alivio duró muy poco; mientras caminaba hacia la habitación de su cliente por el largo pasillo la saliva volvió a acumularse y el ardor de estómago empezó a desesperarla.

Le abrió la puerta un hombre de alrededor de cuarenta años, flacucho, casi enclenque, con el pelo rubio pajizo y la piel demasiado blanca. La recibió con una sonrisa vacilante como si se estuviera disculpando de algo. Sarah no sabía de qué, quizá de ser sumiso, de sus indecentes gustos sexuales... pero no se detuvo a pensarlo: apenas cruzó la puerta le dio una bofetada que restalló como si le hubiera pegado en el culo con su paleta de goma. El tipo se quedó mirándola sorprendido, pero enseguida sonrió, se notó que le había gustado.

Necesitaba ir al baño. Lo apartó de su camino con un empujón tan violento que el inglés dio algunos pasos hacia atrás y cayó sentado sobre la cama. Sarah escupió en el lavatorio y tomó agua fría para calmar la quemazón. Buscó en el botiquín; el hombre había traído varios medicamentos, pero ningún antiácido. Salió del baño y le preguntó si tenía algo para la acidez de estómago. La pregunta lo desconcertó; como tardaba en contestar le pegó otra bofetada, de paso iba adelantando el trabajo. Con una mano en la mejilla, sobre la marca colorada de los dedos, le respondió que no, pero que si quería podían llamar al conserje para que lo pidiera en la farmacia. *Mucha pérdida de tiempo,*

pensó Sarah. Estaba preocupada por Julie y quería volver a casa. Sobre la mesa del recibidor había un florero, tiró las flores para usarlo como escupidera. Tomó un balde para hielo, salió de la habitación y lo llenó de cubitos en la heladera del pasillo.

Cuando volvió el hombre se estaba quitando la ropa. Sarah le dijo que antes le pagara. Mientras sacaba la billetera del bolsillo le dio otra cachetada. Esta vez se le fue la mano, lo lastimó, El inglés empezó a sangrar por la nariz; pero en lugar de enojarse la miró con los ojos brillantes de excitación.

Sintió que estaba perdiendo el control, le había pegado demasiado fuerte. Respiró hondo y se dijo que no tenía que olvidarse que una de las reglas de su oficio era no dejar marcas en la cara. No entendía qué la irritaba tanto, el hombre era un cliente como cualquier otro. Le echó la culpa de su enojo al malestar estomacal, pero no dejaba de asombrarle el odio que sentía. Como si no recordara que todo esto era un juego y ella una actriz que interpretaba siempre el mismo papel. No se tomaba su actuación en serio, pero lo disimulaba. La perversión de sus clientes le parecía ridícula, pero no solo no podía reírse de ellos porque se habrían ofendido, sino porque la risa habría hecho naufragar el sexo. No se podía gozar de los dos placeres a la vez. Cuando pensaba en el sexo, Sarah evocaba la seriedad de los animales. Además, se consideraba a sí misma una profesional tan experimentada que podía estar cabalgando y azuzando a un cliente con sus espuelas de plástico, mientras pensaba en el color con el que pintaría los muebles de la cocina.

El hombre le dijo con un tono infantil y quejumbroso que tenía miedo. Sarah frunció los labios en una mueca de suspicacia: era un miedo desmentido por una vigorosa erección.

Logró tranquilizarse. Empezó a escupir en el florero y a masticar hielo para enfriar el estómago. El inglés le pidió que lo esposara y le diera nalgadas. Sarah le puso las esposas por delante para poder golpearlo sin que la estorbaran. Metió el dedo meñique entre la muñeca y las esposas para asegurarse de que no le cortaban la circulación de la sangre y comenzó a castigarlo. Después de un rato el hombre le pidió permiso

para darse vuelta. Quería que le pisara el pecho. Le agarró una de las botas y empezó a chupársela. Eran sus mejores botas de charol y el tipo se las baboseaba con su boca pegajosa como el hocico de un bulldog. Sarah sacó el pie y le dio algunas cachetadas para que aprendiera a no ser tan cochino. De pronto, tuvo ganas de clavarle el tacón de la bota en un ojo. Se asustó de su impulso; nuevamente trató de serenarse.

Ahora le pisaba el pecho con la suela, mientras El inglés se sacudía el pene con las manos esposadas y entre jadeos le pedía que lo pisara con saña, que lo aplastara sin compasión, como si fuera un bicho repugnante. Se masturbaba a toda velocidad, parecía al borde del orgasmo. Ver que le daba tanto placer volvió a enojarla. Entonces sonó su celular, era el tono de llamada de Julie. Intentó deshacerse de él para atenderla; sabía que no podía interrumpir en ese momento, pero estaba muy preocupada por Julie.

El hombre se aferró a su pie, no la dejaba quitarlo de su pecho, la miraba con cara de súplica, estaba por acabar. Esto terminó de enfurecerla. Explotó. *¿Quiere que lo pise? Ahora va a ver.* Apoyó todo el peso de una de sus piernas sobre el pecho y como no oía crujir ninguna costilla, empezó a darle pisotones como si estuviera matando cucarachas. El inglés trataba de defenderse con las manos esposadas. Estaba aterrizado. Sarah levantó el pie lo más alto que pudo y se lo clavó en el pecho con todas sus fuerzas. El tacón de acero de la bota se metió entre las costillas y le atravesó el corazón. El hombre gritó de dolor y empezó a escupir sangre; tosía y se arqueaba como si se estuviera ahogando en su propia sangre. Pronto dejó de respirar y se quedó inmóvil.

Sarah sintió mucho placer, pensó que había sido el mejor orgasmo de su vida, y la acidez desapareció. Le costó bastante sacar el tacón de la bota clavado en el pecho, por fin pudo pararse y llegar hasta su celular. Julie no había dejado mensajes. La llamó varias veces y no contestó. Pero ahora estaba más preocupada por sí misma que por su pareja. La perseguía la imagen del corazón agujereado del inglés. Acababa de asesinar a un hombre, se había metido en un problema espantoso.

## 2.

Robert Right Jr. nació en Oakland, California en 1897. Tenía nueve años en 1906 cuando se desató el terrible terremoto de San Francisco, seguido de un incendio que destruyó las casi tres cuartas partes de la ciudad y dejó diez mil víctimas fatales: la catástrofe natural más grave de la historia de los Estados Unidos. Su padre lo atribuyó a la voluntad de Dios. “El fuego purifica. Los hombres han ensuciado el mundo con la inmundicia de sus fornicaciones. ¡Toda carne con espíritu se ha corrompido!”, gritaba exaltado mientras miraba el incendio desde la ventana del dormitorio de su casa en Oakland, del otro lado de la Bahía de San Francisco. “¡Concupiscencia y promiscuidad, infamia y abominación!”, condenaba con inocultable entusiasmo. “Dios empieza a dar señales de su descontento. Nuevamente, arrasa a sangre y fuego una ciudad de pecadores”.

Robert Jr. sabía que se refería a los barrios habitados por los chinos, el área más perjudicada por el incendio. Su padre despreciaba a los chinos. Estos y muchos otros comentarios acabaron socavando el vínculo de Robert Jr. con la religión: no concebía un Dios sanguinario y vengativo.

Ser pastor de una congregación había sido la vocación frustrada de su padre. Como no contaba con un púlpito propio, predicaba en la mesa familiar. De niño, Robert Jr. escuchaba con atención los comentarios bíblicos de su padre y asentía, contento de que las explicaciones sobre el origen del mundo y del hombre fueran tan claras y certeras. Sin embargo, su curiosidad quedaba saciada a medias. Le hubiera gustado que le contara con más detalle cómo había hecho Dios para crear el

mundo en seis días o cómo había nacido Eva de una costilla de Adán. Al padre le irritaba que le hiciera preguntas. Sospechaba que detrás de la alentadora sonrisa de su hijo había dudas, cuestionamientos, falta de fe; además no tenía nada que agregar: era la palabra de Dios y debía repetirse al pie de la letra.

Las preguntas que tanto fastidiaban al padre pronto se trasladaron al aula. Robert Jr. concurría a una escuela religiosa. La mayoría de los alumnos provenían de familias muy creyentes que iban a la misma Iglesia que los Right. Los padres de Robert pasaron un momento de enorme vergüenza cuando el director de la escuela los mandó llamar y puso en duda la calidad de la fe que inculcaban a su hijo.

Apenas entraron en la casa, el padre se sacó el cinturón y azotó a Robert Jr. con saña. Lo golpeó incluso con la hebilla dejándole una marca roja en la frente que no se le borró nunca. “Dios guio el metal para que grabara en tu frente la marca de Caín”, gritó excitado frente a la revelación. “¡La cólera divina te ha señalado! ¡Eres un asesino! ¡Errante y vagabundo serás en la Tierra!”

Este fue solo el comienzo, en la adolescencia la situación empeoró. Robert Jr. lo desafiaba señalándole las contradicciones de la teología y le atribuía a la ciencia el monopolio de la verdad. El padre no soportaba que se negara la autoridad de Dios para comprender el mundo natural, se burlaba de la ciencia que pretendía ser más sabia que tradiciones cultivadas durante milenios. Pero no dialogaban; en general, Robert Jr. lo provocaba y el padre ni se molestaba en responderle. Las discusiones finalizaban cuando lo echaba de la mesa y lo mandaba a la cama sin comer.

Se había establecido casi un ritual: a medianoche, sigilosamente, la madre le llevaba un par de sándwiches de manteca de maní y un vaso de leche. A veces era Mildred, su hermana menor, quien lo visitaba. Lo abrazaba y trataba de convencerlo de que no desafiara al padre. Robert rechazaba el consuelo, se decía que no debía ablandarse, que si dudaba se debilitaría y terminaría sometiéndose a las creencias religiosas sin cuestionarlas. Sentía que tenía derecho a hacer preguntas.